

La palabra y la Universidad



1

Adolfo Bernal. *Ojo*. 1980. Intervención urbana. Impresión tipográfica sobre papel. Volantes. 12 x 17 cm. Archivo del artista. Cortesía Familia Bernal Henao

“Tienes la palabra” es el tema de la actual *Agenda Cultural*, dado que ese, también, es el tema que la Universidad ha decidido proponer a la comunidad universitaria en el primer semestre de 2016, mediante debates y programaciones culturales y académicas.

Todo parecería indicar que este —las palabras— es un asunto ligado a la más pura cotidianidad, distinto al de la historia —tema del semestre anterior—, por ejemplo (aunque quién sabe). ¿Puede vivir un ser humano sin

la palabra? ¿Puede su vida transcurrir sin conversación? Preguntas ociosas, sin duda. Los mudos (los sordos, en realidad) conversan mediante el gesto ágil y aprendido de sus manos, convertido en palabras; y hasta alguien tan impedido para expresarse con su cuerpo y con sus palabras como el físico inglés Stephen Hawking conversa, ya que mediante sus aparatos tecnológicos emite palabras y discursos, y escribe libros; y oye las respuestas de los demás, claro. Un hombre, en solitario, conversa con las cosas del mundo (y con otras personas)

mediante el flujo de su palabra interior, aquello que en literatura se denomina monólogo interior (que Joyce y Faulkner, por ejemplo, llevaron hasta límites espléndidos), prestado de la realidad que todos vivimos a diario.

Los más duros críticos de los medios de comunicación contemporáneos sostienen que la tecnología ha reemplazado la palabra y la conversación y el mirarse a los ojos como una señal inequívoca de atención en lo que dice el otro. Y que ella ha incidido en los ya bajos índices de lectura en general, y en particular en los muy bajos de nuestro país. Puede ser cierto. Como puede ser cierto, también, que, justamente mediante esos aparatos tecnológicos, los usuarios de la lengua se hayan visto abocados a entenderse con mensajes e informaciones que de otro modo no estarían atravesados en su cotidianidad. La subjetividad del asunto no deja asumir una posición clara, aunque sí es un hecho que la lectura regular de buenos libros y la disposición permanente por debatir con inteligencia aspectos de actualidad y de interés de una comunidad determinada hace que fluyan las palabras, que se use un léxico decantado en la crítica inherente a la lectura, así como hace posible que la conversación sea un placer —hay temas suficientes en torno a los cuales dialogar, dado que los libros son surtidores de muchos mundos— que reemplace el ruido y el griterío —sonoro y visual— imperantes, aupados, justamente, por muchos de los medios de comunicación, cada vez más frívolos, más comerciales, más vulgares, más ignorantes. Y por una cantinela insoportable de parte de locutores y políticos.

No es ocioso poner en primer plano en la Universidad el tema de la palabra y la conversación, por más que sea cierto que una institución como la nuestra finca en esos dos elementos buena parte de lo que le corresponde en la formación profesional y cultural de sus estudiantes y su comunidad universitaria en general, amén de ser un visible referente para

la sociedad como productora de ciencia, de pensamiento, de creación artística y de crítica.

Aunque la Universidad hace parte de la sociedad, está compuesta por sus mismos elementos y sufre, en buena medida, sus mismos problemas, así como vive sus mismas felicidades, ella no puede ser mera reproductora del *modus operandi* de dicha sociedad. La Universidad está llamada a cualificar su lenguaje, sus discursos, sus debates, sus conversaciones, sus prácticas culturales, sus gustos artísticos, su producción de pensamiento, su palabra. Cualificar no significa, naturalmente, ponerse por encima de nada ni de nadie. Ella debe ser un referente para la sociedad, al contrario de lo que parece que ocurriera en su cotidianidad: los referentes son los que pone la sociedad (o impone la publicidad), es decir, bulla, informalidad, “rebusque”, lenguajes empobrecidos, y debates donde impera más la violencia que las razones, las ideas y las palabras.

Por ello puede ser fructífero hacer un alto en el camino y pensar de nuevo en la palabra y en la conversación en la Universidad de Antioquia, mediante una programación académica y cultural que marque huella y nos haga volver la cabeza, como un llamado de atención en el repique cotidiano, tal vez un poco sonámbulo, un poco limitado a ver pasar la vida universitaria, sin crítica ni vitalidad.

En este número de la *Agenda Cultural*, pues, escriben varios autores que dedican sus reflexiones y sus creaciones a los temas de la palabra, de la conversación y del silencio. Todos ellos componentes de la comunicación, aquello que, temerariamente, podríamos definir como uno de los fenómenos imposibles que rondan a los seres humanos. Una de las bellas utopías que perseguimos sin tregua y que a veces, como ahora, hace que nos detengamos a pensarla y a recrearla.

Luis Germán Sierra J.